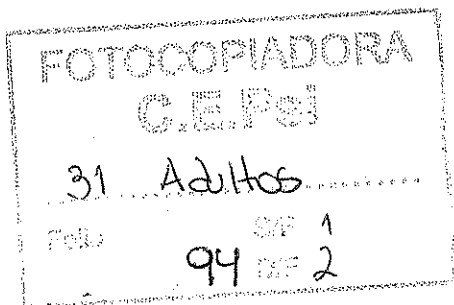


historia tringela
discurso abusivo
(esobolof)



FAVRET, O Y OTROS
(LA HISTORIA DEL HOMBRE)

CASOS

Caso 1

Una mujer joven, en su primera entrevista, refiere haber vivido un momento de intensa angustia. Dicha situación, se había desencadenado a partir del momento en que intentó satisfacer una insistente demanda de su novio, relativa a su modo de vestirse.

La relata diciendo: "Me sentía ahogada, asfixiada, me quería arrancar la ropa, los zapatos, era como una fobia. Tenía taquicardia, dejé todo lo que llevaba en las manos y salí casi corriendo para llegar a mi casa y sacarme todo eso de encima; sentía como que se me pegaba, no podía soportar ese disfraz. Creí que me volvía loca."

"El me pide algo como: 'vestite bien', pero esa ropa, es como entrar en un mundo terrible. Parece que tuviera un miedo a contaminarme... miedo a lo convencional, porque me doy cuenta de que todo lo que me recuerde a mi medio social, me da fobia."

Comenta que no podía soportar la imagen que le devolvía esa vestimenta, pues ella siempre usa ropa amplia, natural, algo añiada; en un estilo *hippie*; "tal vez poco femenina, si es que se entiende que una mujer debería destacar más sus formas."

Lo que su novio le pedía era que en algunas ocasiones, se pusiera tacos altos y finitos, y alguna pollera ceñida. "No se trata de vestirse de puta, pero en eso hay algo de la esposa burguesa...". Reconoce entonces, que estos términos son para ella casi equivalentes.

Así se había vestido para hacer un trámite bancario, con minifalda y tacos altos; pero comenzó a sentirse cada vez más incómoda, hasta llegar a las sensaciones ya descritas, por lo que soltó sus papeles, escapando de allí.

Su pedido de consulta se debe a que teme "destruir esta nueva relación a causa de sus miedos" y a su impulso a quedarse "únicamente con lo conocido", porque dice saber que si una relación implicara para ella alguna transformación, aunque más no fuera en su manera de vestir o hablar, esto le haría sentir que pudiera perderse.

A veces tiene la sensación de que ha construido la vida de una manera "ridícula e inexistente"; una vida de "relaciones de mucha histeria, con dos o tres hombres al mismo tiempo y con el juego de seducción siempre presente."

A continuación y como al pasar, menciona que su hermana —muy distinta a ella—, opina acerca de sus relaciones algo similar a lo que ella misma acaba de decir.

Sus vínculos, siempre han sido "erótica y afectivamente, muy intensos." Su pareja anterior, era un hombre algunos años mayor al que podía admirar por ser fuerte, seguro y muy destacado en su profesión. Dice al respecto: "Nuestra relación era vernos, trabajar juntos y compartir todo: belleza, arte y sexo, era todo uno."

Simultáneamente, dice estar viviendo una crisis en su actividad. Dedicada al arte, a pesar de que su trabajo es valorado por la crítica y redituable, se siente disconforme, pues cree que hay en ella "falta de concepto", y carencia de "propuesta personal y lenguaje propio" para expresarse. Siempre ha sabido "fabricar y entregar estética, belleza y armonía", pero ahora quiere otra cosa. Quiere "el concepto que debiera ser causa de cualquier obra y un lenguaje propio para llevarla a cabo." En este plano, siente que "la superficialidad de la imagen" la amenaza desde sí misma.

Se refiere a su familia, diciendo que pertenece a un medio caracterizado por una "frivolidad profunda" y del que se ha alejado "de una manera bastante brutal."

Comenta que su padre también es fuerte, sólido y absolutamente seductor, especialmente con las mujeres. Muy devoto de la virgen, transmite un sentimiento espiritual en relación con la mujer y la vida, que la emocionan. Siente que ocupa un lugar muy especial en relación a él. Tienen un vínculo de "entendimiento total, de mucha comprensión, casi sin necesidad de palabras", situación que sus hermanos comentan con curiosidad. Siempre sabe qué lo inquieta, qué hay más allá de lo que él mismo cree o muestra y al respecto se pregunta entonces: "¿Será muy malo que mi padre y yo tengamos esta relación? Quizás esto sea lo que produce muchas cosas..."

Lo define como un hombre con pautas estéticas muy rígidas, quien siempre transmitió que sus hijos debían ser "fuertes,

duros, estéticos y atléticos" y que si bien él también aspira a serlo, "toda su vida transcurrió engordando veinte kilos y después, totalmente ascético, los bajaba."

La paciente adjudica estas oscilaciones a la "profunda sensualidad reprimida" de su padre.

En relación a este tema, dice de sí misma que "su síntoma más obvio es la comida." Recuerda que ella también era gordita, pero que a los catorce o quince años tuvo "conciencia de poder-manejar la comida", pues se dio cuenta de que "algo no andaba y que debía ser terrible para él". A partir de ese momento comenzó a preocuparse por su figura y a adelgazar. No tenía apetito o comía mucho y vomitaba, y si bien este tema ya no ocupa todo su tiempo, permanece "como música de fondo" y una vez por día necesita sentirse "vacía".

Vuelve entonces a mencionar a su hermana, a quien reprocha su desinterés y desamor por el padre. Considera que ella es fiel representante de la frivolidad de ese medio social. "Cuando él intenta conversar alguno de los temas que habla conmigo, ella se fastidia, se molesta y enciende el televisor."

Su madre nunca fue creyente. Interesada en la literatura y el arte, había viajado mucho hasta el momento de su matrimonio, un poco tardío según las pautas de su medio social. A partir de ese momento, "se volvió totalmente dependiente. Hasta para hacer un cheque, tiene que preguntarle al marido."

Fue de ella, de quien recibió el incentivo para iniciar su carrera artística. Recuerda que durante su adolescencia, sentía que tenía que reivindicar a su madre y su vida anterior —"la mujer, además de la madre"—, al punto que por esta actitud la calificaban de feminista.

En este aspecto, el mundo de su padre aparece como contrapuesto: en él, "hay mucha nobleza, pero lo intelectual no existe; nada hay más allá de lo concreto." Por esto mismo, valora como un gesto de generosidad de su padre el apoyo a su carrera artística, pues piensa que sin duda no era ése el proyecto para su hija.

Algunas entrevistas más tarde, comenta que ha tenido un encuentro con su padre, en el que algo no fue igual a lo acostumbrado. Como habitualmente ocurre, ambos tenían deseos de verse, mantuvieron "una conversación íntima y espiri-

tual" y hablaron acerca del "sentimiento religioso de la vida" pero esta vez, ella no lo fastidió con esos "planteos raros y cuestionamientos filosóficos" que cansan e inquietan a su padre porque "lo hacen pensar, pensar, hablar, hablar..."

La conversación había derivado en el tema del matrimonio y la vida familiar y, por primera vez, se encontró mintiéndole. Dice al respecto: "En otra oportunidad, hubiera hecho algún chiste para no contestar, o me hubiera rebelado contra su idea de que una mujer debería aspirar a las delicias de un hombre fuerte, sostén en la vida, con el cual casarse, tener hijos... Le mentí. Hablé como para dejarlo en paz; no quería seguir con la actitud de siempre cuando me hace estos planteos. Tal vez esa educación religiosa que una ha recibido no se pierda... pero para los líos que yo ahora tengo... Al mismo tiempo, sentí asco y vergüenza."

Agrega que en ese momento llegó su hermana, quien como de costumbre se mostró molesta por algo, cuestión que la irritó; pero comenta que también por primera vez, pensó que su hermana quizás pudiera estar celosa.

"Ella es diferente: todas las botas y las minis no le alcanzan. Se la pasa mirándose al espejo y probándose ropa. Ve en papá todas sus mentiras, sus amantes, la gula y todos los pecados capitales. Lo que yo veo en cambio, es esa relación tan especial con la emoción religiosa, ese amor por la virgen y la mujer en general."

Caso 2

Este es el caso de una mujer de 36 años, sumamente inteligente y con oficio —diríamos— para la seducción. Durante las primeras entrevistas traía un atuendo en el que se empezaba a notar un desajuste respecto de su edad, ya que correspondía más bien a un estilo adolescente, de primera juventud.

Había consultado por primera vez hacía diez años y durante un año, se mantuvo en lo que podríamos llamar entrevistas preliminares, rumbo a alguna rectificación subjetiva posible.

Nunca se quedaba quieta, le era imposible recostarse en el diván, cambiaba permanentemente de posición. Pero lo más

difícil, lo específico del caso, era y es su adhesión a una doctrina filósofo-científico-política de alcance completamente universal. Desde esa doctrina se puede interpretar el pasado, el presente y el futuro de la sociedad, de manera que ella, que es una conspicua interpretadora a partir de esa doctrina, incluía dentro, fácilmente, al psicoanálisis y su ubicación social. Interpretaba cualquier intervención y no hubiese tolerado de ningún modo un señalamiento que la pusiese en relación con una pequeñez tan sospechosa como el determinismo inconsciente.

¿Cuál era su motivo de consulta?, pues era para preguntarse por qué venía.

Había como un hilito por identificación a su madre, quien había recurrido a psicoterapias freudianas, y ella consultaba por angustia. Angustia por desbordes en sus modos de goce, angustia por cierta decisión que tenía que tomar respecto de su padre, angustia por una decisión referida a comenzar a vivir ya no sólo por, sino, de la doctrina a la que adhería, y su acción. Completamente cerrada a cualquier interpretación, hablaba y desarrollaba sola sus temas, anulando toda intervención de manera desafiante y reduciendo al otro a sujeto de su seducción sin fe.

En una oportunidad en la que se le suspenden sus sesiones durante una semana, se queja con algo de sorna, imaginando un período de vacaciones que calificaba de burgués. A su reivindicación hostil, respondí con severa serenidad chistosa, que se trataba de un período dedicado a la militancia en la quinta internacional del Campo Freudiano. Sucedió entonces, que a partir de ese momento, aceptó que pudiera existir "al menos un analista que no es analista". Desde entonces "conversamos", bajo la suposición elegante de que no entraríamos en debates doctrinarios tan vinculantes, tan religiosos.

A partir de sus relatos podía inferirse que la paciente había definido su posición según dos coordenadas, bien articuladas ya a partir de los seis ó siete años. Nada había modificado dichas coordenadas que adquirieron la fuerza de dos rasgos de carácter. Su padre había sido un militante clandestino y su infancia estaba marcada por la angustia, mudanzas sorpresivas, desavenencia enloquecida entre los padres, entradas de la policía, fugas, y un mínimo gran sostén amoroso de sus abue-

los. Ese era el cuadro de fondo de una angustia más o menos latente, constante.

Ya para sus seis años, en las pocas oportunidades en que su padre aparecía con sus camaradas, constituyó dos rasgos: uno, que a esa edad ya era capaz de sorprender en discusiones a los adultos con una lucidez política, admirable, y de la que hizo un síntoma cuya articulación a la identificación paterna fue posible interrogar; y el otro, de igual certeza, el de que ella podía hacer caer con su seducción hecha de desafío verbal y de sostén de la mirada sobre algunos de sus bellos detalles, a hombres mayores, tal vez incluido su padre y por lo tanto a cualquier hombre que le interesase.

Tenía la convicción de poder manejar y dominar a los hombres que se interesasen en esos dos rasgos, convicción respecto de la cual, empezó a entender su vanidad, a partir del lado lógico de su síntoma. Desde su posición política y doctrinaria radicalizada, ejercía su capacidad de discusión y de interpretación demoledora también con su padre, a quien calificaba en lo político como situado en una posición de "desvío infantil" y en lo personal como "cruel".

Su padre se había exiliado y junto con el exilio hizo un abandono y olvido completo de su mujer y de su hija.

De este primer período de su tratamiento, se produjo un vaciamiento de ciertos desbordes de goce, un apaciguamiento de la angustia y una decisión de vida con su doctrina. Por esta última razón, viajó al extranjero, y en este mismo período decidió, por un amor a un hombre, ser madre.

Retornó al país y a su análisis hace poco tiempo.

Comentó, que se ocupa de su hija con amor y alta responsabilidad y que ha dejado un sostén simbólico asegurado para ella, en conexión con ese padre a distancia. Dedicó muchos de sus pensamientos a su trabajo y tiene una pareja de la que le extraña su excesiva duración, al par que reconoce que él, tiene una buena disposición para con su hija.

Presenta un gran malestar porque ha llegado a las autoexigencias más extremas en su tarea, especialmente a la hora de escribir. Está muy obsesionada y en el esfuerzo de tener que hacer algo que no puede, rebrota la angustia y posterga. Había aprendido un poco del período anterior de sus entrevistas

acerca de la repetición de su personaje, y la angustiaba estar al borde de conquistar una tensa libertad que ella ya conocía, manteniéndose en sus rasgos de perfecta discutidora absoluta de cualquiera, sumado a su estilo de seducción, cuestiones éstas, que ahora significarían destruir la pareja que tiene para proseguir la serie, porque ya varios pretendientes sólo esperan que ella les preste un poco de atención.

Un acontecimiento de la vida cotidiana, la encuentra sin recursos y su angustia se vincula a tener que organizar la fiesta de cumpleaños de su hija. A pesar de su dificultad para aceptar la ayuda que le ofrecen su familia y la de su novio—cuestión que chocaba con su cosmovisión—, logró sostener el ritual y un simbolismo mínimo que implicaban a su hija y sostenerse como anfitriona. Si bien estaba contenta por haber podido hacerlo, al mismo tiempo temía haberle concedido demasiada importancia a su pareja, haber caído en una debilidad y en una falta de personalidad que podrían conducirla al desastre. La consecuencia fue, que rápidamente retomó su intensa preocupación por los temas referidos a su trabajo.

En su discurso repite muy insistentemente la palabra 'posición', las rivalidades por las posiciones, que ella debería cambiar de posición, que está en una posición en la que se hace cargo de demasiadas cosas, de demasiadas exigencias. En un discurso que era de una seriedad doctrinaria enorme, una intervención referida a que en cuanto a la cuestión de las posiciones, una posición u otra no es lo mismo, que son cosas que tienen toda su importancia, le creó un equívoco con la 'posición' en un sentido sexual. En ese momento, la paciente dijo que en cuanto a las posiciones en la sexualidad, ella tenía una sola. La había constituido alrededor de los dieciséis años, luego de las dos o tres primeras experiencias sexuales, porque estar debajo del cuerpo de un hombre, le había producido angustia, sofocamiento, una sensación de algo insoportable. Apenas comenzado el juego sexual, lograba que su cuerpo quedara arriba del de su pareja y de este modo, obtenía muy activamente su modo de goce sexual.

El equívoco de la palabra 'posición' hizo surgir una verdad y sus consecuencias.

En la sesión siguiente, relata con comicidad y como dicién-

do que estaba loca, que por primera vez había puesto atención en una mirada de su pareja. Una cierta mirada de deseo y entusiasmo que él, hojeando una revista, había dirigido hacia una prenda femenina que otra lucía, la habían intrigado. Tal tema no tenía lugar hasta ahora en su posición. Y había decidido recorrer calles y calles en sus vidrieras y vidrieras, sintiéndose en una clandestinidad diferente por atreverse a buscar, y encontrar, la prenda íntima en cuestión.

Dice entonces, que espera que con eso, se produzca alguna novedad con su hombre.

Efectivamente, en su sesión siguiente, dice que se produjo esa novedad, porque sin angustia y sin sofocación, a raíz de esa prenda, había podido cambiar de posición y hacer el amor con su cuerpo debajo del de su novio, experimentando insatisfacción, pero también el esbozo de un sentimiento tierno.

A partir de entonces, acompaña su discurso con suspiros provocados por esta novedad, repentina para ella, de que podía operar, no desde tener la razón interpretativa, ni de tener el dominio del otro con su anterior manera de seducir, sino desde una falta evocable. Al mismo tiempo, es sugerente que comience a recostarse con serenidad y muy tranquila en el diván, lo que hace pensar en las profundas relaciones entre los fantasmas sexuales y el pequeño dispositivo analítico.

Tranquila en el diván, comenta que ha variado su manera de vestirse, que antes se ponía un uniforme para toda ocasión, pero que ahora algo la ha incomodado. Estando con su hija, sintió que los hombres pasaban piropoándole en un sentido más obsceno que amoroso y esta vez pensó que eso no estaba bien, que por lo menos no estaba bien en ciertas ocasiones.

Lo dicho hasta aquí, tiene la intención de hacer valer el repentino cambio subjetivo que puede producirse en una mujer en determinada posición —la de tener—, al haberse abierto en su deseo a la identificación con la otra del hombre, lo que sólo vale como un paso hacia la posición de ser. No es ni para ella ni para nosotros el fin de la cura, pero promete un camino más fecundo rumbo a lo real como imposible.

COMENTARIO

Se han presentado dos casos que nos permitirán reflexionar sobre la otra del hombre en la histérica y por diferencia, el campo abierto por la nueva cuestión de la otra de la mujer.

Se trata de dos mujeres, que se caracterizaban por una llamativa certeza en cuanto a ser La otra del hombre. En cuanto a ellos, ni una larga lista en serie para una ni la presencia de varios simultáneos para la otra, parecían haber conmovido la identificación en la que se sostenían. En el material que escuchamos, no encontramos ningún dato que indicase, hasta entonces, una pregunta por la otra que cuestionara la respuesta obtenida por ambas con la identificación paterna.

En el primer caso, sólo se produce una conmoción cuando hubiera tenido que asumir la vestimenta del fantasma de su novio y en el segundo, cuando la paciente advierte el deseo de su pareja dirigido a la vestimenta de la chica de la revista. La posición de ambas vacila, dando lugar a interrogantes diferentes.

En ambos casos, podemos decir que ellas se han encontrado frente a una propuesta de lo que podría llamarse una vestimenta con prendedor-rebanada.

Para la primera de ellas, instalada en la otra de la mujer que ama, esa vestimenta que llama 'disfraz', y que desde su óptica denuncia algo respecto del goce fantasmático de su nueva pareja, se revela como insostenible. Las propuestas de este hombre parecen cuestionar una posición anterior vivida por ella, como muy satisfactoria.

La segunda paciente, en cambio, parece haberse entusiasmado con la idea de encarnar el 'disfraz' que indica la mirada de su pareja, y es a partir de entonces que su identificación tan viril y su rechazo al amor se conmueven.

La posibilidad de cambio, en ambas, parecía muy costosa, pero es interesante destacar, que desde cierto punto de vista, el contraste es notable. En el primer caso presentado, se observa que luego del inicio de un movimiento de huida y retroceso hacia lo conocido —sus identificaciones anteriores—, puede decirse que su posición inicial se sintomatiza. Ya desde su primera entrevista, comienza un primer cuestionamiento acerca de su implicancia en lo que llama haber construido una vida